

DÍAS RÍOS DE VIAJE

Concurso de escritura e ilustración
edición 2021

Índice

pág. 05	00 Presentación / Luis Scasso
pág. 06	01 Primer puesto, escritura / Dante Binder / El calor del hielo
pág. 20	02 Segundo puesto, escritura / Candelaria Ingrassia / Destino 77
pág. 30	03 Mención especial, escritura / Melisa Ailín Anuchrik / Diario de viaje - 1950 Primer puesto, ilustración / Chiara Sassone
pág. 40	04 Mención especial, escritura / Malena Rota / Mi viaje soñado Segundo puesto, ilustración / Lucas Jeremías Tuset
pág. 60	05 Materiales didácticos



Diarios de viaje - Premio Antártida
Concurso de escritura e ilustración

Presentación

El concurso de escritura e ilustración PREMIO ANTÁRTIDA - DIARIOS DE VIAJE, iniciativa conjunta de la Secretaría de Malvinas, Antártida y Atlántico Sur del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto y la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), se propuso acercar la Antártida a los jóvenes de Argentina, Brasil, Chile, España y Uruguay mediante la realización de un ejercicio creativo interdisciplinario.

A través de sus producciones literarias e ilustraciones, buscamos que las nuevas generaciones puedan no sólo profundizar sus conocimientos sobre el continente blanco, sino también promover la conciencia y responsabilidad sobre nuestro patrimonio y ambiente, y consolidar la integración en una región tan significativa para la humanidad.

La Antártida representa un espacio ejemplar de cooperación entre los países iberoamericanos tanto en materia logística, científica, humanitaria, como educativa. En este sentido, como organización resulta fundamental promover la integración regional y el desarrollo integral por medio del diálogo y el trabajo conjunto sobre el continente Antártico y el Atlántico Sur como zona de paz y cooperación.

El PREMIO ANTÁRTIDA - DIARIOS DE VIAJE es una muestra de la estrecha y persistente colaboración entre la Secretaría de Malvinas, Antártida y Atlántico Sur del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto y la OEI, y resulta un valioso ejemplo de cooperación interinstitucional, con perspectiva en desarrollo sostenible y especial énfasis en el cambio climático.

Presentamos en esta oportunidad, la Antología Digital “Diarios de viaje” la cual reúne en sus páginas los trabajos más destacados del certamen. Esperamos esta colección pueda colaborar en la generación de una mirada antártica regional y sustentable entre las futuras generaciones.

Luis Scasso

Director de la Oficina Nacional
 Buenos Aires, Argentina



PRIMER
PREMIO

El calor del hielo

Autor / **Dante Binder**

28 de marzo
de 1994, lunes.

Zarpamos hace aproximadamente 45 minutos, a las 10:25. Desayuné rápidamente en el comedor del hotel Ushuaia Esplendor y me acerqué al puerto, en donde me miraron de reojo hasta subir al buque. La posibilidad de realizar este viaje me la otorgó la Universidad de Buenos Aires eligiendo a mi presentación como “Mejor Proyecto de Investigación en Ciencias Naturales”. Mi madre diría que la posibilidad no me la otorgaron, que la gané por mérito propio. Desde que Carlos se fue siempre quiso mostrarme como un niño prodigio, aunque sabe muy bien que no lo soy. Durante el viaje buscaré sentar las bases del informe que debo presentar acerca de la biología ambiental en el ecosistema antártico. Aunque, a pesar de que me avergüence un poco, posiblemente en algunos períodos perderé mi tono profesional para conectar con lo personal, con la mochila que cargo en la espalda. Buscaré en la Antártida la esencia de las cartas de Carlos. Porque, en lo meramente lingüístico, en lo puramente coloquial, esas cartas son prácticamente comprobaciones de vida, saludos a familiares, pedidos para una vuelta ficticia. Pero yo sé (y siempre supe) que detrás de esa cuestión burocrática existe algo, una emoción que mi hermano me quiso transmitir. En la tinta de esas cartas vive un mensaje oculto, que a día de hoy no llego a descifrar. Intentaré que el frío antártico me dé una pista, me tienda una cuerda para llegar a entender lo que vivió Carlos bajo aquel frío malvinense.

29 de marzo
de 1994, martes.

Después de mucho insistir conseguí que el capitán me reciba en el puente de mando. Su nombre es John Alleck, un británico de unos 50 años. Con algunas complicaciones lógicas ocasionadas por mi mal manejo del inglés, me explicó que el buque en el que viajamos es del tipo de los “rompehielos”, los cuales cuentan con adaptaciones para navegar mares congelados. Cuando llevábamos ya unos minutos conversando pasaron a unos kilómetros de distancia dos cruceros un tanto aparatosos. Al ver mi cara de sorpresa acotó que desde el comienzo de la década es bastante común ver barcos de ese tipo y que año a año las cantidades y tamaños se superan, aunque la actividad turística se encuentre regulada por distintos tratados. Unas horas más tarde me senté en una zona despoblada de la cubierta a hablar con Javier, un científico español al que había conocido en el almuerzo. En el buque los idiomas y nacionalidades son tremendamente variados, por lo

que es tranquilizante hablar sabiendo que se te está entendiendo. En cierto momento escuchamos el aviso del capitán informando que habíamos cruzado la zona de convergencia antártica, que es, según palabras de Javier, “el límite geográfico que divide a los climas templados de los polares”.

30 de marzo
de 1994, miércoles.

Pocos días en mi vida se han sentido tan interminables como el de hoy. A las 11:00 pisé tierra firme: el buque ancló en la Bahía Guardia Nacional, para llegar de esta manera a la Isla 25 de mayo. Antes de bajar me despedí de Javier, quien seguiría viaje para llegar a la Base Gabriel de Castilla en la isla Decepción. Según lo que figuraba en el programa que me habían entregado, alguien de la Base Jubany me estaría esperando. Y así fue: en la costa me recibió Fabián con una camioneta todoterreno. El viaje fue extenso, pero sirvió para poder introducirme de a pequeños pasos en la vida que voy a tener en estas próximas dos semanas. En primer lugar, Fabián me explicó que fui realmente afortunado de que me autoricen a venir: estos días son los últimos de la campaña antártica. Está cada vez más cerca de comenzar la temporada invernal y por ende las actividades en el continente descienden progresivamente. Ante este comentario, yo, como buen porteño acostumbrado a no salir de mi casa si la temperatura es menor a 5°C, entré en un pequeño estado de pánico. Fabián, jugando un poco con mis emociones, me dijo que venían siendo días difíciles: los vientos polares estaban muy fuertes, y en consecuencia vientos blancos azotaron a la base repetidas veces. Al llegar terminé de entender que iban a ser semanas complicadas. Mientras yo esperaba una bienvenida y presentación por parte de los científicos, lo que ellos esperaban era muy distinto: cuatro integrantes del personal de la base salieron hace ya cuatro días a un campamento que teóricamente les llevaría dos. El clima ya no era malo solo en cuanto a la temperatura. Ahora también se había llevado puesto a lo emocional.

31 de marzo
de 1994, jueves.

En lo que va del día no realicé ninguna actividad de importancia. Claro que no me puedo encontrar en un peor contexto: la preocupación desborda las instalaciones de la base. La poca información que tengo

sobre lo que está ocurriendo me la dio Fabián, aunque lógicamente sin la mejor predisposición.

Sebastián, Alejandro, Walter y Ema salieron hace cuatro días en busca de una población de elefantes marinos que suele reproducirse en la costa, a unos 7 kilómetros de la base. En los últimos años el número de nacimientos de esta especie ha sido un poco irregular, así que los científicos tomaron la decisión de acercarse a realizar algunas fotografías y verificar el estado de las crías. La tarea era relativamente sencilla, así que de no mediar complicaciones el equipo comandado por Sebastián estaría de vuelta en dos días. A pesar de que es entendible el estado de alarma, siento que hay algún dato que me falta. Las caras de los presentes aquí en la base muestran una alteración que no termino de entender.

1 de abril
de 1994, viernes.

Mis suposiciones eran ciertas, había algo que yo no sabía. Anoche durante la cena hablé con Fabián, intentando encontrar una respuesta a mis sospechas. Después de insistir un poco, conseguí lo que quería. Hace unos meses, un grupo de nueve científicos rusos de la base Bellingshausen, salieron en una expedición con el objetivo de tomar muestras de los organismos de hielo marino presentes en las inmediaciones de un glaciar cercano. En la planificación se había establecido que el viaje duraría tres semanas, pero al cabo de apenas doce días se produjo el retorno. Claro, este regreso fugaz estaba acompañado de pésimas noticias: en vez de nueve, eran cuatro. Una parte del glaciar se había desprendido mientras en ella se encontraban cinco de los científicos. Los restantes permanecían dentro del campamento que habían montado, clasificando las muestras tomadas el día anterior. La amplificación polar es un proceso derivado del cambio climático y viene dándose hace años en el continente. El aumento de temperatura producido por el calentamiento global desencadena el derretimiento de los polos, lo que tiene un gran impacto en la región antártica. Y esta vez la víctima no había sido solo el glaciar: cinco hombres se fueron con él.

2 de abril
de 1994, sábado.

No existe problema alguno que nuble este día. Podré estar solo y aislado. Podré estar en un lugar inhóspito, feroz y salvaje. Podré estar lejos de casa.

Pero siempre, desde hace doce años hasta que el mundo se acabe, todos de abril voy a estar con vos, Carlos. Pensándote, extrañándote. Voy a cuestionarme siempre “qué hubiera pasado si...”. Si te escapabas, si no te llevaban, si volvías. Solo sé que mi vida sería diferente. Sé que mamá no lloraría tan seguido. Sé que papá no se hubiera ido tan triste. Posiblemente, Carlos, si aquel día que te fuiste yo hubiera estado ahí, si mamá no me hubiera llevado a casa de Don José, si hubiera estado yo presente cuando cerraste tu mochila, no hubiera dejado que te fueras. Porque siempre me faltó, en cada día desde que te fuiste, un empujón, un apoyo, una parte de lo que soy. Nunca pude recuperarme de no tener un último desayuno, un último viaje en colectivo, un último partido de ajedrez. Vos no supiste (o tal vez sí) pero cada mañana que me dejabas en la escuela yo presumía orgulloso a mi hermano mayor.

Un día, sin esperarlo, me quedé sin saber qué presumir.

5 de abril
de 1994, martes.

Llevo dos días sin escribir aquí. Pasé las últimas 48 horas rondando por la base y sus inmediaciones, anotando algunos datos que fui recopilando para mi informe y buscando nuevo material. Debo reconocer que, en lo relacionado a mi proyecto, no puedo quejarme de nada: en los alrededores de la base Jubany, el ecosistema se mantiene intacto, y alejándome sólo unos pasos puedo olvidarme de la diminuta civilización que tengo detrás. Según lo que me explicó Fabián en el almuerzo de ayer, esto se debe en gran parte al Tratado Antártico, que rige desde hace años en todo el continente. Se trata de un acuerdo firmado por decenas de países con el objetivo de certificar la paz, la cooperación científica y la protección del ecosistema antártico, convirtiéndolo en territorio protegido. Nunca me destaqué en las materias relacionadas a la contaminación, pero sí puedo apreciar que todas las normas se aplican de manera efectiva.

Es consolador tener este diario cerca y poder escribir en él en paralelo al informe para la universidad. El tecnicismo y la precisión lingüística que me demandan un proyecto tan grande son agobiantes y acaban irritándome. Aquí, en cambio, puedo plasmar lo que realmente vivo, las miradas, las percepciones, los elementos sentimentales que se entrometen en un viaje. Y claro que para un obsesivo del conocimiento como yo, dejar registrados

algunos datos de color es una motivación extra para estos helados días en el helado continente antártico.

Los cuatro científicos aún no vuelven y todo se torna cada vez más complicado. A pesar de que me cueste aceptarlo, mi egoísmo me carcome: no dejo de pensar en todo lo que podría haber hecho en estos días si mi llegada no hubiera coincidido con esta situación.

Igualmente, una luz de esperanza iluminó hoy mi día: Fabián me comentó que iba a salir en búsqueda de los cuatro perdidos. Instantáneamente entendí que era mi oportunidad. Si logro convencerlo de que me lleve como acompañante tendré un recorrido exquisito por una parte de la isla. Para mañana, cuando vuelva a escribir aquí, estaré o muy extasiado o muy deprimido. Porque la Antártida es el continente blanco. No hay grises.

6 de abril
de 1994, miércoles.

Al fin puedo decir que, en el día de hoy, todo salió bien. Escribo esto sentado junto a una fogata un poco triste. No puedo evitar ponerme melancólico y recordar aquellas noches de sierra cordobesa, en casa de la familia Maldonado, encendiendo un fuego espléndido y bailando con mis amigos cumbia y quarteto. Aquí, en cambio, la música que ambienta la cena es el viento feroz que se entromete en mis oídos.

Hoy por la mañana Fabián se me acercó para pedirme que me aliste, que podía acompañarlo en el viaje. Noté un dejo de resignación en sus palabras, pero estoy bastante seguro de que fue fingido. Salimos a las 09:45, y durante el primer trayecto me comentó a dónde nos dirigíamos. La primera parada sería la costa en la que los cuatro científicos se habían comunicado por última vez con la base. Según los investigadores que habían permanecido en Jubany, una posibilidad era que los desaparecidos hubieran quedado atrapados en su campamento tras la tormenta de nieve que transcurrió hace algunos días.

Al llegar, como suponía, no había nadie. Dimos bastantes vueltas, buscando y buscando, pero nada, no había siquiera una huella, una pequeña pista que fuera indicio de algo. Yo, ingenuo, como siempre, me acerqué a Fabián para consolarlo, para darle ánimo de seguir buscando. Él, sin embargo, tenía un aura de alivio, de buen presagio. Claro, si sabíamos que los científicos habían acampado en la costa sanos y salvos, y al llegar nosotros todo permanecía impoluto, intacto, solo había una opción

viable: se habían retirado de la costa con tranquilidad, paciencia y tiempo. Si una tormenta de nieve los hubiera azotado, los rastros propios de una huida fugaz permanecerían esparcidos por todo el terreno.

Continuamos el viaje en dirección a una zona de campamentos que se encontraba a algunos kilómetros, en la dirección opuesta a la base. Científicos, investigadores y biólogos de distintas naciones se alojan allí durante períodos cortos, ya que este área tiene una diversidad de especies increíble.

Y aquí estamos, junto a Fabián, recuperándonos tras un viaje cansador. A pesar del agotamiento, me siento muy bien, y sé que podré recopilar muchos datos importantes en los días que permanezcamos en movimiento. Ahora mismo, en contra de mi voluntad, vamos a ir a hablar con un grupo de científicos que acampan en una tienda aledaña a la nuestra. Intentaré no pasar vergüenza por mi nivel de inglés.

7 de abril
de 1994, jueves.

Son apenas las 04:15 de la mañana pero necesitaba registrar esto ahora mismo, con las emociones a flor de piel. Antes que nada, explico el contexto: luego de cenar, fuimos con Fabián a hablar con un grupo de científicos que se reunía alrededor de una fogata a pocos metros nuestro. Luego de conversar un tiempo con Zoe, una investigadora neozelandesa, pasé la noche con ella. Hace aproximadamente 40 minutos desperté, o mejor dicho, me despertó un ruido muy extraño proveniente del exterior. Cada vez era más fuerte, y percibía como el sonido se acercaba lentamente a la carpa. Muchas veces he presumido ante mis amigos de mi coraje, alegando que “caminar por Balvanera todas las madrugadas no es para cualquiera”. Pero en la noche antártica, rodeado de nieve en lugar de árboles, de carpas en lugar de casas y de soledad en lugar de muchedumbres, a ese coraje le entran ganas de irse. Abrí la puerta de la tienda, encendí mi linterna, y una sombra gigantesca e inentendible se apareció frente a mis ojos. Largué un agudo alarido, me eché hacia atrás velozmente y me cubrí con una manta pretendiendo que me sirviera de escudo, que evite que esa bestia me haga daño. Zoe se despertó alarmada, pero luego de unos segundos, procesó la situación, y comenzó a reírse a carcajadas. Ella, muy conocedora de estas tierras, no tardó en comprender: el skua marrón es un ave típica del continente antártico. Es muy territorial y cuida ferozmente su área reproductiva

y de alimentación. Se nutre, entre otras especies, de huevos y pichones de pingüino. Al percibir el ave mi presencia, se alarmó y comenzó a aletear y emitir sonidos fuertes, protegiendo su zona alimenticia. Zoe, después de burlarse un poco de mí, cerró la carpa y se acostó de nuevo. En lo que tuvo suerte fue en haber apuntado unos centímetros hacia el costado con mi linterna: posiblemente me hubiera desmayado de tan solo ver al skua comer al pobre pingüino.

8 de abril
de 1994, viernes.

Continúo escribiendo mientras el día va terminando y comienza la noche. Hoy volvió a ser un buen día. Amanecí con la anécdota que es, hasta ahora, la mejor del viaje (claro está que no tiene mucha competencia). Después de lo ocurrido no pude volver a conciliar el sueño, no solo por la euforia del momento, sino también porque el recuerdo de “The Thing” me impedía terminar de tranquilizarme. Me explico: The Thing es una película de John Carpenter que transcurre en la Antártida. Un grupo de científicos estadounidenses se encuentran con la “Cosa”, un monstruo o alienígena que tiene la capacidad de imitar en cuerpo y forma a otros seres. Esto lleva al grupo de investigadores al colapso psicológico y a la paranoia, ya que no pueden estar seguros de nadie ni de nada. La primera vez que vi The Thing fue en el 82’, cuando se estrenó. Carlos era fanático de Carpenter, así que me llevó al cine, a escondidas, mis padres no podían enterarse. Faltaba poco para mi cumpleaños de 12, y él quiso regalarme esa experiencia. Yo no lo sabía, pero era también una despedida. A los dos días tuvo que ir a combate. Me despojo de lo emocional y termino con el relato del día de hoy. Durante el mediodía conseguimos un dato clave: unos científicos chilenos nos comentaron que la colonia de elefantes marinos se había reproducido este año a algunos kilómetros de distancia de donde lo hace habitualmente. Y sí: era el mismo grupo que habían salido a buscar Sebastián, Alejandro, Walter y Ema. Mañana iremos al lugar que nos describieron los chilenos. Espero que ninguna otra “Cosa” se aparezca en mi camino. Los encontramos. Los cuatro científicos están con Fabián y conmigo, preparando algo para cenar, con una sonrisa de oreja a oreja. Si este diario fuese un cuento, posiblemente pensaría cómo narrar los hechos añadiendo suspenso o misterio. Pero lo que realmente ocurrió es muy sencillo: al lle-

gar a la zona de la que nos hablaron los chilenos, bajamos de la camioneta y nos dirigimos a la costa. No era necesario ser muy observador: un festival de elefantes marinos se llevaba a cabo en frente nuestro. Miré a Fabián y su rostro daba indicios de que todo iba a salir bien. Caminamos un poco, y en un momento un destello naranja se apareció entre la pálida nieve del casquete polar. Mi compañero aceleró el paso. El fluorescente color de la carpa nos había indicado el camino a la gloria. Walter, Sebastián, Ema y Alejandro están (y siempre estuvieron) sanos y salvos: cuando llegaron al punto en el que inicialmente realizarían el estudio, no había ni un solo elefante marino a la vista. Siguieron su recorrido esperando que la colonia estuviera más adelante. Y así fue. Aunque claro está, hubo inconvenientes. Durante el montaje del campamento el equipo de comunicadores cayó al suelo, donde la nieve húmeda lo embarró por completo. Ni siquiera Alejandro, experto en sistemas, logró que vuelva a funcionar. Al no poder notificar al resto de científicos su situación, creyeron que lo más prudente era permanecer quietos durante un tiempo. Me pareció lógico: si intentaban volver y surgía algún problema en el camino, las circunstancias podían terminar realmente mal. El reencuentro, quitando alguna lágrima de Fabián, fue bastante cordial. Mañana regresaremos a la base. Me quedan pocos días aquí. Espero aprovecharlos.

10 de abril
de 1994, domingo.

Estamos de vuelta en la base Jubany. El viaje fue genial: hablando con Sebastián descubrimos que somos del mismo barrio y que fuimos a la misma escuela. Contamos anécdotas de Rasttori, Soria, Pizzi y muchos otros profesores míticos de mi querido Nacional de Quilmes. Mientras viajábamos vi una fascinante cantidad de gaviotas posando elegantes en la costa. Claro, al no existir en la Antártida depredadores terrestres, estas zonas son un edén para las aves. Al llegar, al ver el abrazo entre los 4 científicos que habían desaparecido y los que permanecían en la base, sentí, por primera vez desde que pisé el continente, que todo estaba donde tenía que estar. Como la frase de aquella canción que me cantaba mi madre antes de ir a dormir: “todo está en calma”.

11 de abril
de 1994, lunes.

Hoy fue un día tranquilo. Hablé con muchos científicos con los que no había cruzado palabras. Hice algunas entrevistas para sumar material al proyecto. La más destacable fue la que le hice a Damián, especialista en la fauna antártica. Me comentó acerca del daño que ha provocado la actividad pesquera en el continente. Las matanzas de ballenas y focas que se llevaron a cabo a comienzos de siglo fueron tan terribles que sus poblaciones aún no han podido recuperarse. La situación es realmente preocupante.

Me quedan apenas tres días en suelo antártico. Mañana Fabián me acompañará a una zona de la costa que está bastante cerca de aquí. Me será muy útil tomar algunas fotografías y dejar descripciones por escrito.

12 de abril
de 1994, martes.

Hubo adrenalina de sobra en la travesía de hoy. Alrededor de las 11 de la mañana salimos de la base con Fabián, caminamos unos 25 minutos y llegamos a una hermosa parte de la costa. A medida que me acercaba al agua encontré una increíble diversidad de musgos y hongos que le daban color al paisaje. También tuve que esquivar algunos nidos de aves que reposaban a metros de la bahía.

Tras realizar bastantes anotaciones y dejar registro de las especies y organismos presentes en la zona, me senté a apreciar el lugar en el que me encontraba. Todo aquí me parece increíble: las gigantescas barreras de hielo, los glaciares, el cielo. Fue entonces cuando vi a un pingüino parado, inmóvil, sobre una capa de hielo marino que se desprendía de la costa, muy cerca mío. Me puse de pie, y comencé a acercarme lentamente, mientras sacaba de un bolsillo mi cámara fotográfica. Apenas puse un pie sobre el hielo marino, escuché la voz de Fabián, notablemente alterado, al grito de: “¿A dónde vas?!”. Le respondí, contrastando su alarido con un susurro, que solo quería tomar una fotografía al pingüino, que era una imagen perfecta. Debí hacerle caso, él es el que sabe. No es para nada prudente caminar sobre una capa de mar congelado. Pero seguí caminando, muy despacio. El pingüino permanecía absolutamente quieto, disfrutando de los últimos rayos del sol que alumbrarían el día. Poco a poco la adrenalina me invadía. La semana pasada Fabián me dio un dato fascinante: casi el 80% de las especies antárticas viven en el fondo marino. A pesar de estar a pocos metros de altura, me sentía ridículamente poderoso.

13 de abril de 1994, miércoles. Cuando estaba ya a unos 4 metros del pingüino, decidí frenarme. Ya me habían advertido sobre las restricciones de acercamiento a la fauna, y no quería traspasar ese límite. Comencé a arrodillarme para tener el mejor ángulo para mi fotografía. Imaginaba al pingüino en el centro, con el glaciar por detrás, el agua rodeándolo y el cielo mostrándose sutilmente por encima. Fue entonces, cuando estaba a punto de presionar el botón, que escuché ese sonido. El sonido que nunca quise escuchar. El hielo comenzó a resquebrajarse bajo mis pies, mientras mi cuerpo temblaba, todavía en cuclillas. Con muchísimo cuidado me estiré hasta quedar parado. Para ese momento el pingüino ya había saltado al agua, escapándose del caos que se desataba en mi cabeza. Fabián me daba indicaciones de cómo y dónde pisar. A cada paso, una grieta de hielo se abría delante mío. Y así, dando pasos largos pero firmes, lento pero seguro, llegué a tierra firme. Tardó mucho en irse ese dolor de panza típico de los nervios, esa agitación propia del miedo. El camino de vuelta fue un sermón (merecido, claro está) de parte de Fabián. Hoy fue un día de cierres. Empaqué la mayoría de mis cosas, terminé de registrar algunos datos en el bosquejo de mi informe y comencé a despedirme del paisaje, de la gente. En la base hay un clima un tanto triste. No considero que mi presencia haya aportado mucha alegría ni entretenimiento, pero sí es un tinte diferente para los que viven aquí. Estamos en abril, en la Antártida empieza el invierno. Esto implica la interrupción del turismo, de las visitas de no residentes. Las interacciones con personas externas a la base van finalizando, por lo menos hasta noviembre o diciembre. Así que, a pesar de no haber tenido una relación muy cercana con ningún científico (exceptuando a Fabián), siento que se me va a extrañar. Repito, no por algún mérito que yo haya hecho (es más, quizás se me recuerde como “el pibe de la UBA”). Pero creo que, de alguna manera, fui una conexión con su casa, con su barrio, con su familia o con el recuerdo de ellos mismos estudiando en la universidad. Mañana, durante el mediodía, me estaré subiendo al buque que me llevará de vuelta a Ushuaia. Durante las horas de viaje tendré mucho para pensar.

14 de abril de 1994, jueves. Me encuentro en la cubierta del rompehielos. La Antártida ya es, desde mi perspectiva, una delgada línea que se difumina con el horizonte. Fabián me acompañó hasta el punto de embarque. Fue un momento lindo. No solo por el extendido abrazo, sino también por el paralelismo entre la llegada y la partida. Exactamente en el mismo lugar, hace poco más de dos semanas, mi mano se estrechaba con la de aquel desconocido científico en un desconocido continente. En mi cabeza había miedo, dudas. En la de él, preocupación por sus colegas desaparecidos. Hoy, a pesar de haber estado rodeados por un paisaje idéntico, todo se sintió diferente. La serenidad y el sosiego primaban en ambos. Esta vez, el científico desconocido se hizo llamar Fabián, y aquel apretón de manos mutó a un abrazo. Las únicas conclusiones acerca del viaje que puedo obtener ahora mismo giran en torno al proyecto de investigación. Considero que tengo un rico boceto que puede culminar en un buen informe. Tanto en cuanto a datos como a vivencias, reúno el material necesario para empezar a trabajar. Espero que el estrés que me generará la redacción no opaque, en mi cabeza, nada de lo ocurrido durante estas semanas. Aún no me siento preparado para redactar la conclusión general del viaje. Intentaré leer este diario en las horas que me quedan arriba del buque para poder ordenar mis sensaciones, repasar los hechos y escribir mi visión actual sobre lo vivido. Esta fue una experiencia inolvidable y difícil de describir. Espero, a lo largo de mi vida, volver a aquellas tierras la mayor cantidad de veces que sea posible y conocer las 12 bases argentinas que me faltan. ¿Por qué no soñar?

15 de abril de 1994, viernes. Está atardeciendo y muy a lo lejos se ven los inicios de la costa ushuaiense. Durante el día de hoy, leí las 11 páginas que se encuentran antes de esta, y busqué, en cada recoveco, en cada renglón, todo el detalle posible. Pensé mucho. Y creo estar preparado, ahora sí, para escribir algunas reflexiones. Mi evolución emocional a lo largo del viaje es notable. En realidad no había tomado noción de semejante transformación hasta la lectura de

este diario. Con el paso del tiempo, la melancolía me fue invadiendo. Los primeros días en la Antártida me mantuvieron la cabeza muy ocupada. Mi adaptación al lugar, la desaparición de los científicos, los inicios del informe. Sin embargo, algunas páginas más tarde, aparecen, camuflados entre anécdotas y datos, recuerdos de tiempos que extraño. Ver The Thing en el cine, el Nacional de Quilmes, mis noches en Balvanera. Quizás la soledad, quizás el frío, quizás la incertidumbre, me trajeron a la conciencia esos recuerdos que divagaban perdidos en mi historia.

No estoy seguro de haber llegado a una conclusión muy firme sobre la esencia de las cartas de Carlos. Pero, después de lo vivido estas semanas, hay algo que sí llegué a entender. En sus palabras, lo que Carlos decía sin decir, el sentimiento que se perdía entre la literalidad, era que necesitaba volver a casa. Que las fuerzas para dar otro paso solo podría dárselas el guiso de lentejas de mamá o las historias poco creíbles que nos contaba el abuelo. Y yo, a pesar de que nuestras experiencias hayan sido dramáticamente diferentes, me encontré durante mi viaje en esa posición. Cuando escuché aquellos tenebrosos ruidos a las afueras de la carpa, cuando sentí el hielo agrietarse bajo mis pies, lo único que se apareció en mi cabeza fueron imágenes de las cenas con Carlos y mamá, mirando una película o jugando al Scrabble. El cuerpo, el alma o vaya a saber qué, me suplicaban vivir, una vez más, esos momentos. Luego de leer este diario, supe que esa era la emoción que se escondía detrás de aquellas hojas húmedas y resquebrajadas que llegaron desde Malvinas.



Autor / **Candelaria Ingrassia**

INTRODUCCIÓN: EMPRENDER VIAJE

Iba caminando a la deriva, sintiendo la áspera arena en los pies, y una brisa que despeinaba mi rodete mal hecho. Cerré los ojos, mientras escuchaba el sonido de las olas, acompañadas por un silencio que me encantaba. Solo unos pocos minutos fueron suficientes para calmarme por completo. Cuando me quise dar cuenta, en un acto inconsciente me abracé, de repente el aire cálido cambió por un viento fuerte. Y fue en ese momento cuando supe que había vuelto a casa, a mi pueblo del sur cordobés.

Abrí la puerta de mi habitación, y busqué inmediatamente la libreta en la que plasmaba todos mis viajes con unas palabras que, bajo mi punto de vista, definían a cada lugar en el mismo día que los había visitado. Agarré una lapicera y escribí “Destino 76: Pipa, Brasil. Paz, armonía, complacencia”. Así como esta había muchas más, como por ejemplo “Destino 35: Ghana, África. Supervivencia, fortaleza, ilusión”. Sin lugar a dudas, uno de los lugares a los que me hubiese gustado volver, otra realidad totalmente diferente en la que el ayudar al otro y el subsistir es una prioridad, pero no una razón para perder la esperanza, ni para dejar de soñar mientras comunicas tus emociones y sentimientos a través de las manos y los pies, bailando la conocida danza africana, el “Adowa”.

Ese pequeño cuaderno era mi más profundo tesoro, era lo escrito a tantos recuerdos y vivencias. Sin embargo, sentía que le faltaba algo, que desde mi primer destino, tenía en mente. Sí, era un viaje, pero no cualquiera de los que había hecho; porque aunque me había informado muchísimo, este era desconocido en todos sus sentidos. Lo más llamativo es que era a la Antártida, el continente más austral y menos habitado del planeta, formado por una meseta de hielo con temperaturas que pueden alcanzar los 79° bajo cero, y que espreciado por los humanos por tener algo tan importante, como lo es el 90% del agua dulce de la Tierra. Lo que siempre me llamó más la atención de todas sus características, era su fauna marina rica y diversificada, las habilidades que tienen para adaptarse a tales condiciones de la región, y su biodiversidad que es única, tanto es así que existen más de 10.000 especies, sin contar todas que se desconocen.

Pero eso no era lo extraño, a ninguno de los lugares que fui los conocía previamente, solo eran fotos e información que sacaba por Internet. Una

vez que los conocía, mi mente se encargaba de receptar cada pequeña cosa para guardarla en mi memoria, sabiendo que no podía volver nunca más en mi vida. Lo que era completamente nuevo, era la forma en la que iba a viajar a la Antártida, ya no era chequeando los dedos, o en un abrir y cerrar de ojos o con la imaginación en mi cabeza. Iba a emprender un viaje, como todos lo hicieron alguna vez, menos yo.

Mi nombre es Ania, tengo 21 años, y poseo la capacidad de teletransportarme al lugar que desee, sin poder regresar en otra ocasión. Con excepción de uno en específico, el que más incertidumbre me generaba, con el que viví mi primer viaje tradicional, con el que me introduje en la inexperiencia absoluta, con mi Destino 77, la famosa Antártida.

DÍA 1: Córdoba, Argentina, 3.989 km para el destino. 20 de noviembre de 2021
LA PARTIDA

Un beso, un abrazo, uno más y otro más. Estaba en el aeropuerto de mi provincia, despidiéndome de mi familia por séptima vez en el día. Ellos estaban igual que yo, su miedo se podía notar a leguas, ya que era el primer viaje que iba a transitar con normalidad, y nada más y nada menos que al Continente Antártico. Estuve más de cuatro meses planificando todo, rebalsaba de ansiedad, sentía la necesidad de estar ahí, en ese instante. Claramente no iba a ir sola, éramos un grupo de personas, la mayoría contratados para la parte fotográfica, otros para la de producción audiovisual, otros como guías, y en menor cantidad, algunos turistas, como yo.

Escuché que anunciaban la última llamada de mi vuelo, me dirigía a Ushuaia, Tierra del Fuego. El lugar que concentra el 90% del turismo antártico mundial, ya que es el que más cerca queda de la Península Antártica, a unos 1000 km aproximadamente. Allí me iba a reunir con todo el equipo, y nos comenzaríamos a preparar para embarcar rumbo a nuestro destino. Un solo movimiento del avión y mis manos fueron hacia abajo del asiento agarrándome con fuerza, las azafatas dieron sus indicaciones y precauciones, nunca había escuchado algo con tanta atención, necesitaba esa información porque sentía que en cualquier momento algo iba a pasar, que nos iban a bombardear, que el piloto se confundiría de camino y ter-

minaríamos perdidos en la nada, que el transporte estaba a punto de caerse o de quedarse sin combustible. En fin, nada me parecía loco en mi vida, a fin de cuentas soy una joven que aparenta ser común y corriente; cuando en realidad tengo un superpoder, eso sí que está fuera de los parámetros normales.

Decidí mentalizarme e intentar calmarme, primer viaje en avión, seguro que todos los que lo vivieron tuvieron esta crisis, pero nada malo iba a pasar, eso lo sabía muy bien.

“Atención pasajeros, faltan dos horas para llegar a destino” .Ya no sabía cómo aguantar. ¿Qué se suponía que hacían las personas en viajes tan largos? Es un misterio. En este momento, mi personalidad impaciente y exagerada, no ayudaba en lo absoluto y ni me quería imaginar lo que iba a ser en el crucero, donde me esperaban cuatro días únicamente de viaje.

Tierra firme, ¡al fin! Sentí cómo me volvía el alma al cuerpo, y podía volver a respirar. Ni bien llegué, fui al hotel donde nos citaban para conocernos entre todos y explicarnos las bases del viaje, los lugares a conocer, alojamiento, comodidades, etc. También nos comentaron que íbamos en un barco llamado el ‘Ushuaia’, que fue usado para la exploración ártica y ahora lo usan para llevar turistas. Se utilizan buques rompehielos que están adaptados a la navegación por mar congelado. Estos buques están equipados con radares que dan información sobre el campo de hielo a navegar.

Eran ya las 22:00 hs, había ido a comer junto a algunos de mis compañeros a un restaurante en el centro de la ciudad, “María Lola”, quedé fanatizada, no solo por sus platos sino también por sus ventanales con vistas sorprendentes al Canal de Beagle. Después de eso, el cansancio del viaje comenzó a notarse, caí rendida a la cama y procedí a revisar mi celular, para contestarle a mi familia y a mis amigos, ya que por muchos días iba a estar totalmente desconectada de las redes.

Cuando estaba por conciliar el sueño, escuché leves ronquidos a mi lado derecho, me giré para confirmar que era Ine, mi compañera de habitación, una joven muy amable de Catamarca aficionada a las fotografías, estaba profundamente dormida. Queriendo imitarla, apagué mi teléfono, llevé los acolchados hasta mi cabeza y cerré los ojos decidida a dormir, mañana me esperaba un día muy largo.

DÍA 2 y 3: Pasaje de Drake, 680 km para destino. 21 y 22 de noviembre de 2021
NAVEGANDO

Mirar el horizonte. Ya perdí la cuenta de la cantidad de minutos que me quedé mirando a un punto fijo para que no vuelvan las náuseas y el mareo. Eran las 5:00 AM, cruzábamos el famoso Pasaje de Drake, un tramo marítimo de 808 kilómetros que separa Sudamérica de la Antártida, donde se unen los océanos Atlántico y Pacífico. Un viento de 65 kilómetros por hora desfleca olas de hasta cinco metros de altura y el buque oscila de un lado al otro sin tregua. El equipaje choca contra las paredes y sólo algunos consiguen dormir.

El barco se movía tanto que sentía como mi estómago luchaba por no despedir nada más, sinceramente dudaba de que quede algo en él después de las horas que pasé encerrada en el baño de la habitación.

El tiempo pasaba y yo probé todas las soluciones posibles que recomendaban el capitán y el resto de la tripulación: intentar distraerme con cualquier cosa que me rodee, caminar, respirar hondo, quedarme inmóvil, hasta acostarme que era lo que a la mayoría le funcionaba, menos a mí. Era insoportable, lágrimas que caían por mis mejillas, llantos incesables, gritos que decían mucho más de lo que se podía explicar y un sinfín de emociones que me atormentaban. Inquietud, tristeza, arrepentimiento, indignación, rabia. En un acto desesperado mis manos empiezan a moverse con rapidez, símbolo de nerviosismo, abro y cierro los ojos, chequeo mis dedos incontables veces, intento concentrarme en un lugar en particular, tenía que funcionar, siempre funcionaba. Cada vez que quería escapar de algún momento feo de mi vida, lo hacía. Cómo cuando a mis once años de edad, mis compañeros de clase inventaron canciones con mi nombre a modo de burla, o cuando me caí al frente del chico que me gustaba; o el día que falleció mi abuelo, mi gran apoyo incondicional, o aquel día en que se perdió mi perro al cual tanto quería, las noches de ansiedad y de insomnio, incluso los días en que perdí a personas muy importantes. Siempre. Nunca lo enfrenté, nunca hablé del tema, simplemente iba a lo que no requería ninguna dificultad, escapar. Y así, como el planeta Tierra no se podía desprender de su contaminación, yo no me podía ir de este infierno. Esta vez, mi cuerpo no viajó, seguía en el turbulento crucero rumbo a la Antártida, lo que viajó fue mi mente. Volví a mi casa, tomando mates con

mis hermanos y hablando de charlas retóricas. Volví a mi niñez, donde era una niña feliz cuya preocupación más grave era que se me rompa un juguete. Volví a mi pueblo, a los besos de mi madre de esos que me quejaba constantemente, a los chistes de mi padre en los que solo él se reía pero el simple hecho de verlo con una sonrisa en su cara me contagiaba felicidad, volví a los encuentros con mis amigas donde se llevaba la locura como estandarte, volví a las tantas cenas familiares en las que hacíamos una especie de show bailando junto a mis primitas, volví a la escuela, volví a mi adolescencia, volví al sentimiento de algo tan necesario como lo es el extrañar.

Abrí los ojos y la verdad se sintió como un balde de agua fría encima, de repente me olvidé en dónde estaba y de que minutos atrás no me podía mantener ni parada por estar navegando en altamar. Comencé a cuestionarme muchas cosas, a confundirme, a reflexionar sobre mis decisiones pero sobre todo a preguntarme cual era realmente la verdadera razón del viaje. ¿Solamente era por conocer la Antártida? ¿Por relacionarme con personas nuevas? ¿Por ver infinidad de animales?

¿Por emprender un viaje por primera vez? Pero no, era por mí y por lo que quería hacer de mi vida. No quería quedarme encasillada en mi zona de confort, ni seguir con ese pensamiento, de que las cosas eran blancas o negras, y que en el mínimo tono de gris que se formase ya iba corriendo hacia otro blanco u otro negro como si fuera mi refugio cuando en realidad era mi propia autodestrucción.

DÍA 4: 290 km para el destino. 23 de noviembre de 2021
CONOCIENDO

Estábamos todos juntos en un sector del barco, había gente que iba a hacer un viaje muy introspectivo, con la intención casi de explorar otro planeta. No había un ambiente festivo permanente, había un ambiente relajado, de introspección y expectativa. Me llamó la atención que viajaba mucha gente sola, o gente que siempre estaba buscando un rincón solitario en el barco. Creo que cada uno iba buscando algo muy personal, muy místico. Sin embargo, uno de los guías nos llamó para que nos ubiquemos a su alrededor. Durante los días de navegación, nos habían hecho alguna que otra charla como para matar el tiempo. Actividad turista, la arquitectura y

hábitat, el ecosistema y su biodiversidad. Hoy por lo visto tocaba el cambio climático. Pensé que conocía bastante del tema, pero en cuanto el guía se puso a explicar, me di cuenta que no era así. El cambio climático, la variación del clima atribuido directa o indirectamente por la actividad humana, provocando la alteración de la atmósfera. En la actualidad, es impresionante lo veloz que está aumentando la temperatura mundial en tan poco tiempo, producto de las emisiones de gases de efecto invernadero por parte del ser humano.

“¿Cuáles son las razones por las que hoy estamos hablando del tema, mucho más que hace 20 o 30 años?” Preguntó Marcos, un turista porteño que había ido con su hermano, Pablo.

“Porque tenemos la evidencia científica de que el cambio climático observado, es atribuible a acciones humanas. Me refiero al uso intensivo de combustibles fósiles y a los procesos de cambio en el uso del suelo. Por eso la deforestación y la urbanización son sus causas.” Respondió Santiago, el guía asignado para el tema.

“¿Por qué es tan importante que la temperatura global se altere un grado o dos? ¿Qué consecuencia tiene ese cambio?” Está vez habló Lina, ella era de Corrientes y estaba encargada a los videos del viaje.

“Primero hay que pensar que el calentamiento no se distribuye de forma homogénea en toda la tierra, no es que todos los lugares del mundo se calentaron un grado, sino que en algunos sectores la temperatura aumentó bastante por encima de un grado, y en otros aumentó, pero no tanto. A lo largo de un día, un cambio no representa nada, pero si lo pensamos en términos de promedio para la Tierra, es muchísimo.” Rebató nuevamente Santiago.

¿Cuáles son sus consecuencias? Cuestionó Ine a mi lado, en este tiempo nos habíamos hecho muy unidas, hasta la podría considerar una amiga que me llevo del viaje.

“Eventos climáticos más frecuentes, como las inundaciones, lluvias y tormentas fuertes, sequías y olas de calor; aumento del nivel del mar, derretimientos de los polos, acidificación de los océanos, pérdida de biodiversidad, entre muchos otros.” Replica el guía, convencido de lo que decía e interesado por la charla que se había formado.

“Si la Antártida es el lugar menos habitado del planeta ¿Está exenta a es-

tos cambios?” La curiosidad me pudo, y esta vez fui yo la que alzó la voz. “Totalmente al contrario, en el caso de la Península Antártica, es la región del mundo que le sigue al Ártico con los mayores aumentos de temperatura en los últimos 50 años. Esto tiene un gran impacto sobre los mares y glaciares de la región, como así también, sobre la fauna, la cual comienza a vislumbrar cambios que se estudian en todo el mundo.” Me respondió el líder de la conversación.

Lo dicho se encargó de descartar mi otra pregunta que estaba a punto de hacer. ¿Había lugar para las esperanzas? Conocí muchos lugares a lo largo de mi vida, y cada uno de ellos sufría de algún período de contaminación. Ya sea del aire, del suelo, del agua, inundaciones, sequías, deforestaciones, desertificación, incendios. Ningún lugar del mundo se salvaba de dicha situación, ni mi pequeño pueblo de 10.000 habitantes, en el que uno de los mayores problemas era el mal uso y exceso de agroquímicos en la zona, hecho por el cual se produjo el aumento de enfermedades como el cáncer por ejemplo, que en el peor caso puede causar hasta la muerte. Estábamos en un pozo sin fin, lo más triste era que cada uno, aunque sea en algún momento de su vida, agarró una pala y cavó por lo menos un poquito para que ahora estemos así, perdidos y desinformados, atrapados ante tal catástrofe.

El debate finalizó con una frase de un viejito, que no había hablado hasta el momento, recordaba su presentación. Se llamaba Martín, había ido con su hija de unos treinta y cuatro años, llamada Sol. Con el simple hecho de verlos te dabas cuenta de cuanto se querían y de la ilusión en su mirada.

“Nuestro futuro depende en gran medida de lo que hagamos nosotros como humanidad, está en nosotros”. Y esa corta oración de incentivación, inconscientemente había respondido a mi pregunta.

DÍA 5: Península Antártica, 0 km para el destino. 24 de noviembre de 2021.
¡LLEGAMOS!

Era una locura. Llegamos hace unas dos horas, dejamos nuestro equipaje en las bases asignadas y salimos a caminar para recorrer. Hacía un frío impresionante, ni la infinidad de vestimenta lo podía calmar, pero sinceramente

nada me importaba en este momento. No podía creer lo que estaba viendo. Al empezar a investigar, se podía comprobar todo lo que el guía nos había explicado en una de las primeras charlas mientras navegábamos, que vimos icebergs con una cantidad de pingüinos y petreles. En las áreas costeras, se concentraba el mayor número de poblaciones de aves y mamíferos durante los meses de mayor temperatura, época que coincide con el desarrollo de las temporadas reproductivas de estas especies. También, en los sectores libres de hielo se podían encontrar una gran variedad de musgos, líquenes y hongos formando parte de la biodiversidad terrestre. En esta época también se descongelan arroyos, lagos y otros cuerpos de agua dulce, albergando numerosas especies de algas, protozoos y crustáceos. Cuando observamos las distintas especies, recordé la clasificación que habíamos hablado ese mismo día. Algunas especies habitan la capa de agua superficial, por ejemplo, el plancton cuya capacidad de desplazamiento no resulta suficiente para oponerse a las corrientes marinas, por lo que terminan siendo transportados por los movimientos del agua. Por otro lado, el necton que es la fauna marina de mayor tamaño como los peces, pingüinos y mamíferos que poseen la capacidad de nadar y así oponerse al movimiento de las corrientes, es decir la comunidad de organismos nadadores. Otros que se podrían encontrar, eran los organismos que viven asociados al fondo marino que pertenecen a lo que se conoce como bentos. Mis favoritos sin dudas eran los pingüinos, había dieciocho especies en total, pero estaba segura que cualquiera de ellas tenía la capacidad de mantenerme atenta a cada uno de sus movimientos, no solo porque sus actitudes me hacen reír muchísimo sino por lo increíbles que son, parecen torpedos que pueden avanzar a velocidades de hasta 36 kilómetros por hora. De hecho, cuando nadan parece que están volando. Todos tienen un camuflaje natural contra los depredadores. La parte de adelante, que es blanca, los protege de los carnívoros que acechan desde abajo: su lomo negro los hace menos visibles para los depredadores acuáticos que acechan desde arriba. Otra curiosidad algo tierna, es que cuando un pingüino macho se enamora de un pingüino hembra, busca la piedra perfecta en toda la playa para regalársela. Cuando finalmente la encuentra, él se inclina y coloca la piedra justo frente a ella. Si ella toma la piedra, significa que acepta la propuesta. Se caracterizan por ser fieles a su pareja, llegando a

tal punto que la muerte de alguno, hace que su pareja se quede a su lado, deje de comer, y termina falleciendo de inanición. Hay algo característico de esta especie, y es que tanto machos como hembras se encargan del cuidado de las crías por igual.

Durante varios días, las actividades turísticas que se llevaron a cabo en el continente antártico fueron variadas, e incluyeron caminatas, para avistaje de fauna u otros valores ambientales o históricos, viajes en botes de pequeño porte, visitas a estaciones científicas, paseos en kayaks, campamentos, escaladas, buceo, snorkel y hasta surf de remo.

Mi estadía se basó en conocer, ver a mi alrededor y entrar en un trance de shock por una milésima de segundo, e intentar recordar cada información compartida, cada visita y cada imagen en mi memoria, pidiéndole a gritos a mí misma que cuando sea mayor no se me haya escapado nada, así poder contarles a mis hijos o a mis nietos historias sobre el viaje, sobre el apareamiento de pingüinos, sobre lo enormes y la cantidad de kilómetros que nadan las ballenas jorobadas en el verano, sobre que en esta época hay en total veinte horas de luz ¿Se imaginan lo que harían los niños con tantas horas de día? No pararían ni un segundo. O sobre la inteligencia de las focas leopardo que parecen descansar sobre trozos de hielo, cuando en realidad están en la espera de una presa, sobre que los lobos marinos antárticos de dos pelos, no dejan de relajarse ni porque se estén muriendo de hambre, poder describir con palabras las imágenes y videos que capturaban mis compañeros a lo largo del viaje, o como el viejito Martín bailaba en el centro de la ronda cuando se armó un festín de despedida en unas de las bases. Y cuando hayan crecido un poco más, contarles de mi experiencia con el reto que conllevaba esta travesía, mis aprendizajes, mis dudas, mis miedos, la confianza y la fuerza que gané, y con las que también me voy.

La experiencia es tan potente que te da igual todo lo demás. Estás todo el tiempo mirando el paisaje, no puedes dejar de mirar. Es el momento en donde te das cuenta que nada fue en vano, que a fin de cuentas disfrutar fue el único objetivo, y que lo lograste. Es la inmensidad y la soledad en un solo lugar. Es el viaje de mi vida y al único que puedo volver otra vez, es mi destino 77.

Candei.



Autor / **Melisa Ailín Anuchrik**

**PRIMER
PREMIO
ILUSTRACIÓN**

01. Partida
02. Avistaje
03. Encuentro
04. Descubrimiento
05. Despedida

Autor / **Chiara Sassone**

- Día 1
3 de octubre
de 1950
- Soy el científico Matt Brown, hoy comenzó mi viaje, más bien expedición, a la Antártida. Hace un par de horas arribamos, tras un largo viaje del desde el puerto de Liverpool, Inglaterra, y nos instalamos en la base correspondiente. Estoy aquí con Henry, mi compañero de aventuras, descansando. Van a ser unos dos meses bastantes cargados de trabajos, pero no me puedo quejar, esto es a lo que me dedico. He decidido comenzar a escribir este diario de viaje para documentar y registrar todos los avances. Somos en total 30 científicos, cada uno tiene asignada una tarea, se dividen en tres grupos: grupo "A", son los que explorarán las montañas al oeste del estrecho McMurdo; grupo "B", son los que subirán, o intentarán, al monte Erebus, el volcán más activo del continente blanco; y finalmente mi grupo, el "C", que se dedicará de a documentar todo acerca de las especies de pingüinos, y de la flora, de la que no se tiene mucha información por el momento.
- Día 3
5 de octubre
- Uff, ayer fue un día desperdiciado a mi gusto, apenas pudimos salir de la base debido al excesivo frío y la falta de visión. Ni hablar de haber encontrado algún pingüino o algo relevante. Me es difícil acostumbrarme aquí. La comida es muy rara, hay alimentos ni si quiera sabía que existían, pero me tendré que acostumbrar supongo. Es igual en la noche, hay tanto frío combinado con el abundante silencio que me es difícil dormir, extraño el murmullo de la ciudad.
- Día 6
8 de octubre
- Estoy muy agotado, estamos con Henry y los demás a 45 kilómetros de la base, realmente hace mucho frío. Logramos descubrir cosas muy interesantes del penacho amarillo: su modo de cazar es alucinante, ¡pueden bucear hasta 100 metros de profundidad por varios minutos! No solo 80 como decían las investigaciones anteriores, además pueden permanecer en el mar por varios días seguidos.
- Día 7
9 de octubre
- Son las 6 am, en una hora partimos para seguir investigando, aprovecho que están todos descansando para escribir más a gusto. Hoy es la fecha

estipulada para el nacimiento de mi primer hijo, o hija. Realmente hubiera querido estar ahí, pero con este tipo de trabajo no suelo estar mucho tiempo seguido en mi casa. Algún día le mostraré este diario.

Estoy sentado en un bloque de hielo, a unos kilómetros de la base, son las 18 horas, ya debería volver. Estuve investigando unos icebergs y demás cosas documentadas por un científico francés en 1910, y noto el deterioro en el hielo. Nadie se preocupa por eso, está pasando y no lo ven o no lo quieren ver. El cambio climático está empezando a tener sus consecuencias, tal vez ahora no las notemos, pero en unos 50 años desearemos haberle prestado atención. Sin duda no quiero que mi hijo o hija se vea afectado/a por este tema. Es tarde, debo volver.



05.

Día 8
8 de octubre
Estamos con Henry, observando a los pingüinos, él dice que pierdo mi tiempo escribiendo pero yo sé que no, esta documentación servirá para estudios futuros. Estos pingüinos son inteligentes, se mueven en bandadas. Admiro sus plumas, pequeñas y similares a las escamas, blancas en el abdomen y pecho, negras en el lomo. Esta forma de adaptación les permite soportar temperaturas extremas. No saben lo que haría daría por una de esas ahora mismo, me estoy congelando.

Día 9
9 de octubre
5:30 am. Me tocó levantarme antes que mis compañeros para organizar las provisiones para el día de hoy. Estamos explorando, con Henry y los demás hemos notado unos detalles bastante curiosos sobre la flora aquí. Vimos el clavel antártico, crece en forma de cojines y mide entre unos 5 y 8 centímetros de altura, es muy precioso. El jefe, Richard, comentó que en su expedición durante el verano pasado esta planta tenía flores, me gustaría poder verlas.

Día 11
13 de octubre
Han pasado 2 días, nada importante que documentar, solo el desgaste de los glaciares pero nadie quiere escucharme, el jefe de la expedición dice que no estamos aquí por ello. En fin, desde ayer no tuvimos noticias del grupo del estrecho McMurdo, Henry dice que no sea pesimista, pero me está empezando a preocupar, los accidentes suceden y más en la Antártida.

Día 12
14 de octubre
Hoy tocó ir al glaciar Aaron. Me emocionó bastante, es un glaciar de 6,4 kilómetros de longitud. Aprovecho estos 5 minutos antes de seguir, después de comer algo vamos a ir a explorar un poco la fauna y flora a ver qué encontramos. Y de paso poder concluir algunas cosas acerca de los pingüinos sería fantástico.

Día 13
15 de octubre
Respecto al día de ayer, logramos ver algunas especies de líquenes (musgos, hongos, etc.), son las que se adaptan mejor al clima frío que hay aquí. Son las 8am estamos por ir a buscar pingüinos para estudiarlos.

Ya estamos entrando al medio día, me fascinan cada vez más los nuevos hallazgos de las especies del continente blanco. Nos sentamos un rato a descansar en el hielo; hoy caminamos mucho respecto a días anteriores, apenas siento mis pies y eso que hace falta volver. El jefe Richard está muy alterado por la desaparición de aquel grupo de científicos que comenté el día anterior, al igual que yo, sabía que no era buena idea que vayan pocas personas ahí. Es mejor moverse de a grupos grandes, como los pingüinos.



04.

Día 14
16 de octubre No puedo pegar un ojo, lo único que ronda en mi cabeza es mi bebé, deseo que esto termine ya y poder abrazarlo. Debo avanzar más rápido en mi documentación, tal vez así logre llegar a casa para navidad. Mi reloj empezó a andar mal, supongo que son cerca de las 7:30, Henry y

yo encontramos la especie de pingüinos llamada barbijo, son preciosos. A simple vista son bastante livianos, entre 3 y 5 kilogramos según Henry. Observamos sus rituales de cortejo: para emparejarse, los pingüinos de barbijo macho se golpean el pecho con las aletas y levantan la cabeza para chillar; esta acción suele ser imitada por otros machos, y creo que sincroniza la temporada de cría en toda la colonia.

Día 15
17 de octubre Día estupendo para explorar; hace mucho frío, pero no como días anteriores. Mientras Henry termina su comida pasaré mis observaciones al papel. He notado algunos desprendimientos de los glaciares, nada catastrófico pero a medida que pasen los años sí que lo será. Debemos hacer algo.

Día 16
18 de octubre Estamos por salir, iremos más al sur de nuestra base a ver que qué encontramos. Hemos regresado, ya es muy de noche y el frío es penetrante, cada vez extraño más mi casa en Inglaterra. El jefe nos ha dicho que mañana hay que explorar los glaciares que ha descubierto en su última expedición, para documentar los cambios.

Día 20
22 de octubre Son las 5am, nos juntamos ambos grupos, los de la investigación y los que iban cerca del monte Erebus. Vamos a ir a buscar a nuestros compañeros, ya tienen días sin comunicarse. Pensamos que cuando volviera, el grupo B sabrían algo ya que partieron juntos, pero parece que no. Somos 20 actualmente en la base, 5 se quedarán aquí y realizarán el trabajo que vinimos a hacer. 15 de nosotros iremos a buscarlos y, en el mejor de los casos, rescatarlos. Por suerte Henry se quedará en la base, me alegra que se resguarde del peligro.

Día 23
25 de octubre 13:00. Estoy muy cansado, estuvimos escalando todo el día, apenas siento mis pies. Está oscureciendo, hemos encontrado el equipaje del subcomandante Nicolson junto al sombrero del científico Kane. No sé qué pensar.

Día 22
24 de octubre

Llevamos dos días subiendo el monte Mc Murdo, durmiendo en sacos de dormir, congelándonos. No hay rastro de ellos, empiezo a temer lo peor. Si Henry estuviera aquí tal vez tendría esperanza de hallarlos vivos. Pero conociendo bien estos casos, cuando se derrita el hielo, recién ahí los veremos, no hace falta aclarar nada, ya saben a lo que me refiero.

Día 24
26 de octubre

Último día de búsqueda en monte McMurdo, me entristece muchísimo pero hay que volver, todo indica que se avecina una tormenta y hay que refugiarnos en la base. Además se nos acaban las provisiones, definitivamente es hora de volver.
Son las 16:15 aproximadamente, la tormenta se adelantó, no pinta para nada bien, seguiré documentando mañana.

Año 2001

Soy el oficial Charles Jost, de los Estados Unidos, estoy en medio de una expedición en mi base americana en la Antártida. Hallé este diario en una mochila, por el desgaste de los glaciares y debido a todo el hielo derretido. Después de leerlo puedo deducir qué pasó y siento que merecía un final. Descansa en paz, Matt Brown, y también el resto de tu expedición. Este diario será una gran prueba de documentaciones antiguas.



01.



02.



03.



**MENCIÓN
ESPECIAL**

Mi viaje soñado

Autor / **Malena Rota**

**SEGUNDO
PREMIO
ILUSTRACIÓN**

01. Male va a la Antártida
02. El piloto y Male
03. En la Antártida I
04. Pingüino Adelia
05. En la Antártida II
06. Male escribiendo

Autor / **Lucas Jeremías Tuset**

Siempre pensé que viajar era una de las mejores cosas que podía pasarme. Conocer nuevos lugares, descubrir su historia, contactarme con la naturaleza, su flora y fauna es el objetivo, pero además, me preparé estudiando idiomas para conversar con las personas que habitan los lugares por descubrir y así tener un real conocimiento de la forma de vida y las distintas problemáticas que existen.

¿Lugares preferidos? ¡Cualquiera! Pero nada se compara a esto¡Estoy feliz! No existe mejor premio que el que gané. Con 16 años podré pasar dos noches en la Antártida, una tierra desconocida en donde el hombre casi no ha intervenido.

Es tan difícil contener la alegría dentro de mi cuerpo que tengo miedo de olvidarme algún detalle sobre la visita, así que decidí escribir este diario de “mi viaje soñado” empezando hoy, 2 de Marzo de 2019.

- Es sábado, la casa está en silencio y entre las cortinas se cuelan los últimos rayos de sol de la nocecita. En el suelo está la valija lista pero, repaso una y otra vez en mi cabeza las cosas que tengo que llevar y como no aguanto la ansiedad, por última vez chequeo que esté todo.

Me explicaron que el verano, allá, el clima es frío y ventoso, obviamente no tanto como el invierno. Por lo general, la temperatura oscila entre los 2° C y -5°C, pero también puede ocurrir que un día suba a 10° y que, a causa de un frente frío, baje rápidamente hasta -20°. Así es que, por las dudas vuelvo a revisar la ropa que voy a llevar: campera, varios polars, remeras térmicas, primera piel, calzas térmicas, medias, mudas de ropa, pantalones de esquí. Ropa impermeable, y no excesivamente abrigada para vestirme en capas como me piden los profes de e.f.i. durante los campamentos. También llevo guantes, guantes primera piel, cuellitos, unas bolsitas que se activan para darle calor a las manos y, para los pies, botas impermeables porque en esta estación, por la temperatura, la nieve se derrite y en ciertos lugares la tierra está muy húmeda y entonces hay agua, como ocurre en Ushuaia después de una nevada en septiembre cuando hace calor y pisamos nieve blanda, barro y agua de deshielo la mayor parte del tiempo. También chequeo tener a mano los lentes de sol que mamá y mi papá me compraron, unos buenos anteojos oscuros para poder proteger los ojos.

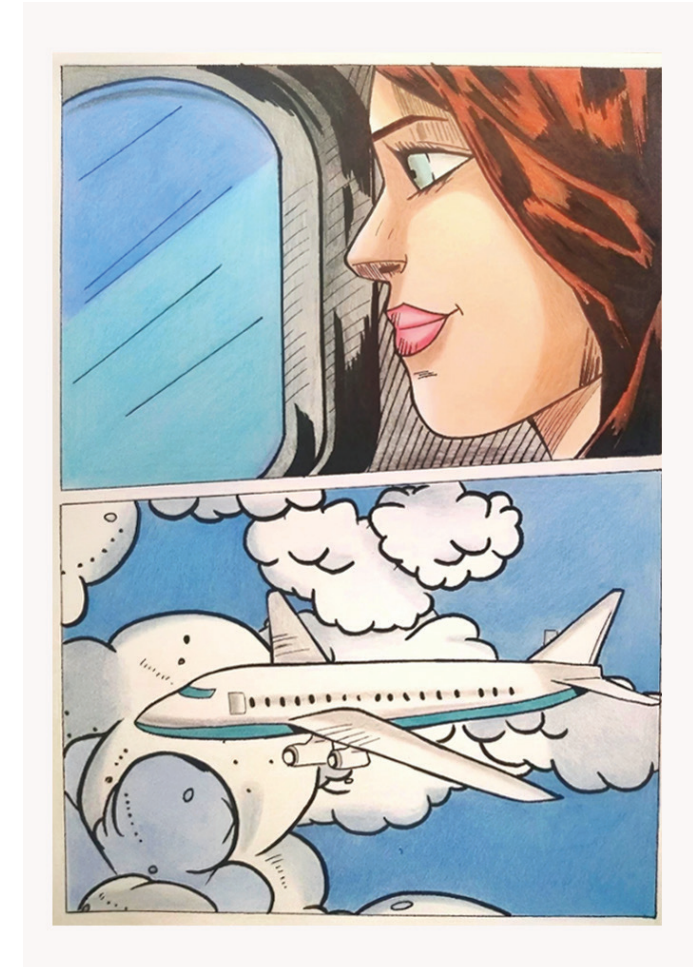
- Es domingo 3 de marzo, son las 11:00 de la mañana, y ya estoy volando desde Río Gallegos a la Base Argentina Vice Comodoro Marambio en la Antártida. Voy en un avión que se llama Hércules, como el héroe de la mitología griega. ¿Tendrá este avión tanta fuerza como Hércules para luchar con los vientos de la Antártida? Eso espero, pero más adelante me voy a ocupar de él. Primero, lo primero. Aprovecho este tiempo de vuelo, que serán más o menos cuatro horas, para escribir y contar un poco lo que pasó hasta aquí. Por suerte salimos en horario porque parece que esto no ocurre muchas veces.



Anoche me dormí temprano, aunque un poco ansiosa, pero con todo listo. Es que esta mañana salí de Ushuaia, donde vivo, muy tempranito en un avión de Aerolíneas Argentinas rumbo a Río Gallegos. Fue un viaje corto, de menos de una hora y, por suerte, no se movió mucho ya que no había viento. Me despedí de mi familia en el aeropuerto de Ushuaia, y allí me encontré con mi profe de geografía que fue quien nos hizo, a mis compañeros

y a mi, la propuesta para participar en el concurso, y quien me acompañará en esta aventura inolvidable. Tengo tanto que contar que se me van superponiendo una sobre otra las ideas. Traje conmigo una mochila con algunas cosas para que estén a mano, varias lapiceras para escribir y lápices de colores para dibujar lo que veo, el cuaderno en el que estoy escribiendo y mi cámara porque me encanta sacar fotos.

En Río Gallegos, me dieron un traje que me queda gigante, pero es importante tenerlo para, no solo no pasar frío ni mojarse, sino también para poder ser vista incluso en tormentas. Es muy gracioso porque si me pongo la capucha, parezco un conejo naranja. Además, me dieron unas botas que tienen como una plataforma así que mido unos centímetros más. Antes del vuelo, pude hablar con el piloto. Me contó que este avión pertenece a la Fuerza Aérea Argentina, que efectúa varios vuelos al año con el mismo destino y que es el avión que siempre espera la gente en la Antártida porque realiza el abastecimiento a las bases argentinas y también le da apoyo logístico a las actividades científicas que nuestro país desarrolla en el “continente blanco”.



También me explicó que la importante actividad que Argentina empezó a realizar desde 1940 en el sector antártico, hizo que existiera la necesidad de contar con una pista de aviación que pueda operarse durante todo el año para aviones con ruedas ya que los únicos que aterrizaban, eran aviones con esquies. Así, se estudió el terreno y el 30 de agosto de 1969 un grupo de la Fuerza Aérea integrado por 21 hombres denominado “Patrulla Soberanía”, con elementos básicos como picos y palas y viviendo en un campamento de pequeñas carpas en un clima hostil, en tres meses, construyeron 800 metros de pista que fueron señalando con pintura y piedras en la isla Marambio. Fue una tarea heroica y de mucha importancia para disminuir el aislamiento porque hasta ese momento sólo se podía llegar por vía marítima. Así, el 29 de octubre de ese año, el primer avión con ruedas aterrizó en ese continente y de esta manera, la Antártida dejó de ser un lugar completamente aislado del mundo. Esta pista también fue punto clave al realizarse el primer vuelo transpolar intercontinental, efectuado por la Fuerza Aérea Argentina en diciembre de 1973.

Pero esta pista, no es la única en la base porque el 14 de julio de 2015 se inauguró la segunda con una extensión de 1600 metros convirtiéndose así, esta base, en la única que posee dos pistas, permitiendo que puedan arribar en forma permanente aeronaves ya que la antigua fue construida a raíz del predominio de los vientos de orientación sudoeste, y la nueva para ser utilizada cuando soplen vientos del norte.

El Hércules, no es un avión común de los que conocemos, está diseñado para participar en guerras y con capacidad para despegar y aterrizar en pistas no preparadas. El que nos lleva fue remodelado, pero se parece a una gran bodega de carga, un galpón con alas. Llevamos todo tipo de carga, que va puesta dentro de canastos plásticos enormes además de algo que parecía un contenedor metálico más pequeño que, me explicaron, es una cámara de frío que contiene alimentos y medicamentos. Se ven todos los cables del avión y en las paredes hay matafuegos y repisas con latas de aceites y otras cosas.

Parece que viajaras en la caja de un camión porque junto con todo eso, vamos 11 personas en total, y nos tenemos que arreglar con el lugar que queda en la parte de adelante del avión. Pero eso no es todo, porque los bolsos y las valijas también están ahí puestos dentro de unas redes y hasta

en una camilla que cuelga del techo como si fuera un porta equipaje y agarrado con una especie de sogas, como todas las cosas que se ven. Los asientos, no están puestos, ni son como los conocemos ya que vas con la espalda hacia la pared del avión y mirando al centro. Tampoco hay lugares predeterminados así que nos sentamos donde quisimos. Mucho menos cinturón de seguridad como el de siempre, ya que este tiene un mecanismo distinto.

Algo muy extraño es que no hay asistente de vuelo que te diga que hacer con los cinturones, cuando apagar los celulares, o que te muestre el salvavidas bajo el asiento.

Estoy sentada entre el profe y una mujer, Natalia. Una ingeniera informática a la que conocí antes de salir y que me contó que va a la Antártida a trabajar durante este año para hacer el mantenimiento de los equipos de las diferentes bases. Cuando nos sentamos al inicio del viaje, me dio unos taponos para ponerme en los oídos durante el vuelo, y eso hicieron todos, pero juro que hasta con eso puesto, el ruido del avión es ensordecedor.

Me estoy entreteniendo bastante durante este viaje hablando a los gritos con cada uno de los que viajaban, escribiendo, descansando y hasta mirando por las diminutas ventanas que tiene el avión, desde donde pude observar, cuando las nubes lo permitieron, la inmensidad del océano. Sólo faltan 15 minutos para aterrizar así que me preparo para la llegada. Sigo después. ¡Qué emoción!

Son las 17:30 horas, ya me asignaron mi habitación para dormir, estoy aquí tratando de escribir prontito todo lo que pasó para no perder tiempo y aprovechar todos los segundos posibles.

Aterrizamos en la Base “Marambio” hace una hora, quizá más. Es un día de mucho sol que me permitió, mientras descendía el avión, ver el color azul intenso del agua salpicado de manchas blancas que no eran otra cosa que pedazos de hielo. Desde arriba, se veía una interminable capa blanca que en algunos sectores dejaba ver la tierra, y a lo lejos, pequeños puntos de color naranja-rojizos cercanos a la costa, que luego pude ir descubriendo que se trataba de la Base Antártica que próximamente conocería. Casi no podía quedarme sentada, pero lo hice ya que el avión se movía bastante a causa del viento.

Ya en tierra nos recibieron algunas personas, aunque creo que todos los

que viven en la base, nos esperaban, porque desde la llegada hasta que me dieron la habitación no paré de saludar gente.

Desde la pista nos buscaron en un camión, porque aunque la distancia hasta la Base era corta, había mucho viento. Apenas salí del avión el resplandor del sol en la nieve le pegó un cachetazo a mis ojos, así que inmediatamente saqué los anteojos y me los puse, fue la misma sensación espantosa que al esquiar, cuando lo hago sin antiparras, los ojos me quedan rojos y doliendo. Mientras nos íbamos alejando, me saqué los tapones de las orejas. En ese silencio imposible de describir, lo único que se escuchaba era el eco de los ruidosos motores del Hércules, hasta que por fin se detuvieron y el silencio fue total.

Los puntos naranjas que veía desde el avión empezaron a tomar sentido, transformándose en las distintas edificaciones con que cuenta la base. Bueno, me cambió un poco, y voy a llevar los regalitos que mandó mi mamá para la base, porque nos dijeron que es habitual que se hagan intercambios de obsequios, así que cumpliré con la manda de mi madre y le entregaré las tacitas con el logo de Ushuaia al jefe de la Base, que creo haber escuchado que le decían Comodoro.

Estoy agotada, son las 23:00 hs. Ya comimos unos exquisitos canelones de verdura, de entrada, sopa de zapallo, bien calentita para soportar el clima frío, y de postre flan con dulce de leche. Antes pude recorrer parte de la base y aprendí muchas cosas.

Por suerte llevé un papel y una birome y pude tomar nota de algunas cosas, así ahora no me equivoco cuando escribo los datos que obtuve de la recorrida y la charla con las personas.

Pude ver una chapa que decía que la Base “Marambio”, se fundó el 29 de octubre de 1969 y que coincide con la inauguración de la primer pista de aterrizaje que ya conté.

Ésta, es una Base permanente y está ubicada en la isla Marambio sobre el Mar de Weddell, muy cerca del extremo norte de la península Antártica. Esta Isla fue denominada así en homenaje al piloto de la Fuerza Aérea Argentina, Gustavo Argentino Marambio, quien en diciembre de 1951 y a bordo de un avión denominado “Cruz del Sur”, despegó desde Río Gallegos con rumbo a la base San Martín en la que arrojó correspondencia y elementos de supervivencia.

En la Antártida no existe población nativa, pero sí hay diferentes Bases, como ésta, en la que vive gente todo el año, pero vivir acá tiene un límite de tiempo que por lo general es un año.

La Base tiene una gran importancia logística pero también científica. Así, el Servicio Meteorológico Nacional, a través de los especialistas que desarrollan su tarea, estudian las condiciones meteorológicas de la zona, la radiación solar, la capa de ozono, etc. De hecho, el Laboratorio Antártico Multidisciplinario Marambio tiene un edificio, también color naranja rectangular que parece estar acomodado sobre trineos, el cual forma parte de la Base y cuyos científicos se dedican a obtener registros de la capa de Ozono. También desarrollan su labor científica personal de la Dirección Nacional del Antártico que durante todo el año, pero especialmente en verano, llega por medio de aviones y helicópteros a las zonas de estudio para efectuar trabajos sobre sedimentos, glaciares, petróleo, biología, arqueología. Esta última es muy interesante porque la isla posee una gran riqueza de restos fósiles.



Pude percibir, en las pocas horas que estuve aquí, que en la Base se vive gracias a la solidaridad y ayuda. Hay que pensar que las cosas no se tienen tan a mano. Aquí, el cargo o estudio que tengas no importa, todos hacen de todo y se ayudan, seas científico, jefe de la Base, ayudante en la cocina, etc. Cada uno se sirve la comida, lava, limpia, etc.

La base tiene un edificio central con lugar para alojamiento y tiene espacios comunes que todos pueden usar, como una Sala en donde hay metegol, una mesa de ping pong, una televisión y varios juegos de mesa que pude aprovechar, una Biblioteca, una Lavandería y hasta un Gimnasio impresionantemente grande, con máquinas para ejercitarse que tiene un amplio ventanal con vista hacia el mar.

Por supuesto que hay separado del edificio central otras edificaciones como ser el Laboratorio Antártico, un taller para los vehículos, otro para guardar los alimentos, y algunos otros mas que seguramente visitaré. También tiene una antena satelital para la televisión, Internet y la planta transmisora.

Actualmente viven aproximadamente 170 personas, pero en el invierno se reduce a la mitad. Igualmente, la Base tiene capacidad para albergar a unas 200 personas. Aquí la población de la base está constituida por la “dotación anual” y por científicos y técnicos. La dotación anual le brinda apoyo logístico y técnico para que los científicos puedan realizar su tarea. Me mostraron el parque de Energía Solar formado por paneles solares cuya construcción se finalizará este mes y que se prevé que a partir de diciembre aporte el 10% de la energía que se consume en verano. Este aprovechamiento de energía también le brindará estabilidad de tensión al laboratorio en el que hay equipos muy sensibles.

Otra cuestión interesante, y que me enteré, es que la Base este año cumple 50 años desde su fundación, así es que se está pensando en los festejos que se harán. ¡Qué divertido!

A muchos les sorprende lo largo que son los días, a mi no. En casa en verano también oscurece tarde y amanece bien temprano. Me voy a dormir. Mañana, si el día ayuda, está previsto ir a la Base “Carlini” en un pequeño avión, aprovechando que hay que trasladar a un científico. Aquí, nada es seguro porque el clima puede arruinar todos los planes, sobre todo cuando hay que viajar hasta el otro lado de la Península Antártica.

- Son las 06:30 del lunes 4 de marzo de 2019, ya sonó el despertador, y me vestí. Estoy lista para saber si emprendemos el viaje. Es muy temprano, pero la Base ya está en movimiento como si fuera el mediodía. Dormí muy cómoda, ni siquiera me desperté. ¿Cómo festejarán carnaval en la Antártida? Me pregunto si alguien sabrá que es carnaval.

Estoy en el comedor tomando el desayuno junto con mi profe, el jefe de la Base y el científico con el que compartiremos el traslado. El viaje se hace a pesar de que es un día nublado, pero con buena luz y sin viento. Dejo de escribir, guardo el diario y sigo más tarde.

Llegamos a la Base “Carlini”, en este momento estoy sentada en un sillón muy cómodo para poder escribir un poquito. Después de desayunar en “Marambio”, fuimos a la pista y abordamos el avión. Era chiquito. Cuando empezó el despegue, la verdad es que me dio bastante miedo porque se movía mucho. Sin embargo, fue algo maravilloso. Pude ver parte del relieve de la Antártida en primer plano, juro que parecía una torta con merengue. Descubrí sus costas accidentadas con fiordos y bahías, innumerable cantidad de islas, mesetas, ondulaciones y otra vez ese inmenso océano en donde pude ver a lo lejos Ballenas azules, un animal enorme que mide, más o menos, entre 24 y 27 metros y que de acuerdo a lo que me dijeron, pasa el verano en estas aguas alimentándose con krill.

La Base “Carlini” es una Base científica permanente ubicada en la Isla 25 de Mayo, en la Península Potter al Noroeste de la península Antártica y separada de ella por el Mar de la Flota. Tiene un aeropuerto donde pueden aterrizar helicópteros y aviones pequeños como el que viajamos. Fuimos directo a la Base, en donde estamos ahora preparándonos para empezar una travesía aprovechando que aquí no hay viento y que el día no es taaaaaan frío. Esta zona, es más cálida y húmeda que el resto. Uno de los integrantes del Ejército Argentino que fue destinado este año aquí, nos acompañará. Estamos preparados con la ropa adecuada y llevamos alimentos porque vamos a recorrer un poco la isla.

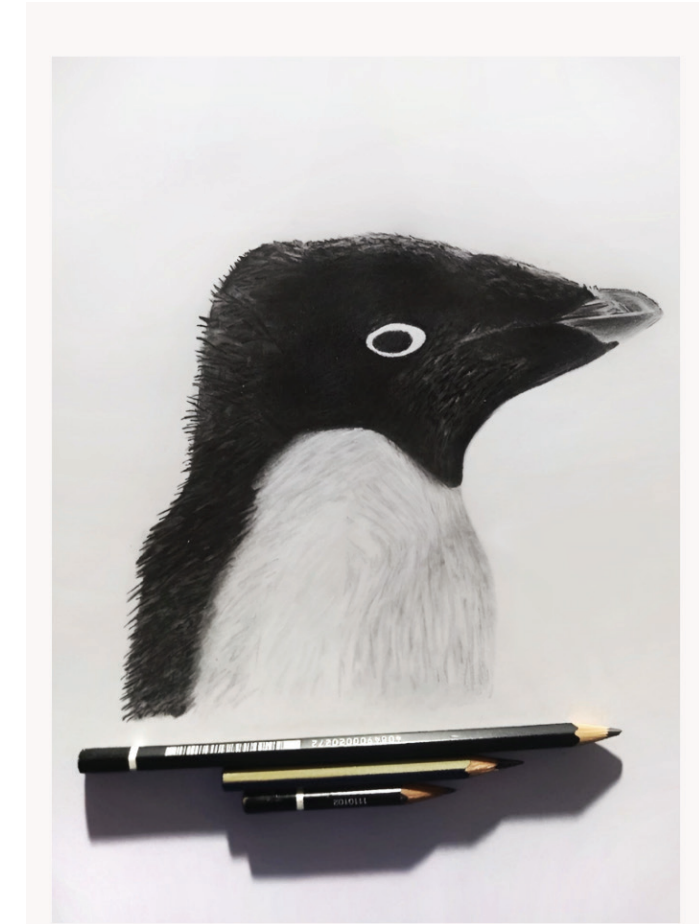
Aprovecho ahora para describir el entorno de esta base. El terreno está formado por lomadas suaves resaltando el cerro “Tres Hermanos” que mide aproximadamente 200 metros, y que lleva ese nombre porque parecen tres personas. Bueno, eso es lo que me dijeron, en realidad para mí, parecen tres nudillos de la mano cerrada, pero no lo voy a discutir. La

Base tiene 43 edificios entre depósitos y otras cosas, además de un edificio central. Todos, como parece costumbre en la Antártida, son de color naranja. Está ubicada muy cercana a la costa de la Caleta Potter (la caleta es como una bahía más chiquita) y al fondo, sobre el horizonte, se ve el glaciar Fourcade y una formación rocosa llamada Nunatak Yámana. Antes, esta base se llamaba “Yubany” pero en 2012, se le cambió el nombre por “Base Carlini”, en honor al doctor Alejandro Ricardo Carlini que fue un investigador que se dedicó durante más de 20 años a las actividades antárticas y murió en 2010 en su lugar de trabajo. Sigo escribiendo en otro momento, vamos a aprovechar la estadía aquí que es corta.

Estoy bastante cansada, recién llegamos de nuestra recorrida, visitaremos en un ratito, rápidamente la Base, algunas edificaciones y volveremos a “Marambio”. Estoy en el comedor. Mientras tomo un chocolate caliente y como una porción de torta de manzanas que me dieron, escribo un poco. Las paredes del comedor son de madera y están cubiertas de cuadros con placas y escudos que son obsequios de quienes visitan este lugar. Aquí también estará el escudo del Colegio que trajimos como muestra de agradecimiento por habernos recibido tan bien.

La isla donde está la Base es un área de gran biodiversidad ya que aquí se puede encontrar gran cantidad de la flora y fauna antártica. La persona que nos acompañó en la recorrida es buzo y pertenece al Ejército Argentino. Esta institución posee aquí una dotación de tres buzos que están dedicados a la recolección de muestras marinas, de agua, suelo, rocas, peces y otras especies que permite a los investigadores de distintas áreas desarrollar estudios científicos, especialmente en las disciplinas de las ciencias naturales. Aquí, es el único lugar –dentro de las Bases de Argentina- en donde se realiza buceo. Está muy preparada para esta actividad.

Aprovechando que el científico que vino con nosotros debía reunirse con sus colegas en Refugio “Elefante” fuimos hasta allí. Fueron más de 2 kilómetros y medio de caminata. En este momento tengo la piel de la cara estirada y enrojecida a pesar de haberme puesto protector solar. Es que el frío y el sol en la piel que queda expuesta la quema como si hubiera estado en la playa todo el día.



Los refugios antárticos son instalaciones abiertas que se utilizan en casos de emergencia o para apoyo de actividades en el terreno. Están equipados con víveres para varios meses, combustible, alojamiento y en algunos, hay grupos electrógenos y equipos de comunicaciones. En éste, su uso principalmente es de marzo a octubre como lugar de descanso para los biólogos que realizan actividades de investigación en la zona. Es como una pequeña casita pintada de color naranja con el techo negro, con ventanas chicas de vidrios repartidos, de unos 25 m² y capacidad para 6 personas. Está junto a un pequeño lago al pie de los acantilados y a 120 m de la costa. Hacia allí fuimos para reunimos con dos científicos para que nos cuenten que hacían. Fue grande mi sorpresa cuando descubrí que una de ellas era la mamá de un compañero de mi hermano más chico y... ¡¡¡¡mi compañera de natación!!!!. Eugenia es bióloga marina y está embarcada desde enero en un buque oceanográfico argentino que pertenece al CONICET. Se encuentra tomando muestras de peces y, en unos días, estará volviendo a su casa en Ushuaia.

Me imagino como la habrá extrañado Vicky. Me mostró como toman esas muestras que clasifican de acuerdo a la especie, y además las miden. Luego las colocan como si fuera en una bandeja y les ponen un número en un papelito. Aproveché todo lo que sabe y la escuché atentamente. Recorrimos un poco con el grupo. Me contó que la vida marina es muy rica porque existen comunidades de peces diversas, me mostró algunos rarísimos, también hay invertebrados y algas. Miramos la costa que está compuesta por piedras naranjas, negras y grises con una especie de musgos y líquenes de color verde pálido. Pudimos ver gran cantidad de aves como skúas (una especie de gaviota un poco más oscura) y petreles, pero lo que más me sorprendió fue un grupo enorme de elefantes marinos. Aquí hay una colonia muy importante de esta especie. Un poco más lejos observamos lobos marinos de dos pelos y focas como la Leopardo y la Cangrejera. En cuanto a la vegetación, se puede ver un pasto duro al que denominan “antártico”, musgo y algunos líquenes. Algo increíble de pensar, es que exista vegetación en esta zona. Siempre me sorprendió, hasta en Ushuaia, como crecían las plantas en primavera y verano después de haber estado cubiertas de hielo y nieve. Me contó que muy cerca de donde llegamos caminando hay otro refugio, el “Albatros” al que no fuimos, y que ambos dependen de la Base “Carlini”. Me despedí de ella con un gran abrazo agradeciéndole su compañía y enseñanza, prometiendo vernos pronto a su regreso. Un secreto. Le deje en el refugio entre sus cosas una nota con unos chocolates y golosinas que había llevado. Me voy a recorrer la Base. Ya de vuelta en la Base “Marambio” después de un día muy intenso, me voy a acostar. Ya comí un rico guiso de lentejas y me bañé.

- Son las 7:30 de la mañana del martes 5 de marzo de 2019. Descanse muy bien, tomé el desayuno y ya estoy preparada para la nueva aventura pero antes les cuento como fue el fin de la visita en “Carlini”.

Recorrimos un poco la Base, que tiene una capilla católica llamada Nuestra Señora del Valle y luego algunas edificaciones como el laboratorio “Dallmann” que fue inaugurado en 1994 por un convenio firmado con Alemania. En la puerta de entrada, y escrito en letras amarillas, hay un cartel que dice “UP THE HUMOR”. Tiene dormitorio, baño, sala de estar-comedor, una sala de máquinas, pañol de buceo con cámara hiperbárica de descom-

presión pequeña para transporte, equipos de buceo, una embarcación de casco rígido y cuatro contenedores donados por Alemania destinados a laboratorio-acuario con instrumental científico como microscopios, lupas, freezer, etc., además de un vehículo de orugas.

También, a través de un convenio con un Instituto italiano -que no anoté el nombre-, en 2001 se estableció una Estación Sismológica permanente en la que se realiza el monitoreo y registro de todos los eventos sísmicos. Asimismo, y dentro del marco de cooperación internacional y con el fin de proteger el futuro del medio ambiente que se encuentra establecido en el Tratado Antártico, Argentina y el Reino de los Países Bajos instalaron una planta depuradora biológica compuesta de tanque depurador, instalación de tratamiento y secado de lodos.

Hay además una edificación, que parece un contenedor, que es blanca con la cruz roja y funciona como la sala de hospital.

En esa base se realizan en forma ininterrumpida desde hace más de dos décadas actividades científicas que abarcan principalmente la biología costera, terrestre, oceanografía, geología y glaciología, lo que permitió recopilar datos científicos durante un largo período de tiempo sobre esta región.

Dejo de escribir. Ya nos vamos. Es un día espectacular de cielo azul, sin viento y buena temperatura casi 7°. Nos trasladaremos caminando hacia la zona costera, a unos 8 kilómetros, en donde hay una pingüinera con una colonia de pingüinos Adelia. Significan casi tres horas de caminata. Guardo el diario en la mochila.

Son las 20:00 horas. Antes de cenar voy a escribir un poco de lo que pude vivir hoy. Es de día y, según escuché, hoy el registro de temperatura alcanzó los 9°, algo increíble en la Antártida sobre todo en esta parte en donde escuché reiteradamente que suele haber una nube siempre sobre la Base. No tuve nada de frío y disfruté mucho el día.

Caminamos por una meseta en la que está situada la Base, luego por terrenos irregulares y hasta por partes de mar congelado. Llegamos a la costa del Mar de Wedell. ¡Enorme! Conozco el Mar Caribe y el Mediterráneo, pero seguro que éste es el más transparente, aunque sus aguas sean las más frías del mundo. La toqué. Es azul intenso, con témpanos de hielos que navegan sin rumbo, seguramente desprendidos de la Barrera de

Larsen, una barrera de hielo que se encuentra en retroceso debido al calentamiento global y que incluso en algunos lugares desapareció por completo. Estaba lleno de petreles que revolotean y sobre la playa unas focas marrones que son las Weddell. Dicen que aquí hay mucho krill y numerosas especies de peces. Caminamos un poco más y, a lo lejos, ya se pueden ver miles de pingüinos Adelia. Escribo lo que me explicaron sobre ellos: Usualmente están en aguas poco profundas mientras cazan, pero pueden bucear hasta unos 170 metros. Los ví hacerlo y lo hacen rapidísimo. Tienen que cuidarse de las focas Leopardo y las orcas porque son sus predadores, mientras que los petreles gigantes y los skúas se comen sus huevos y recién nacidos. Por suerte no es época de bebés. Ya nacieron y los adultos con sus crías ahora aprenden a sobrevivir en el agua. Este pingüino es bastante pequeño ya que mide más o menos entre 60 y 70 centímetros. ¿Hay algo más elegante que un pingüino? Al Adelia (nombre de la esposa de quien los descubrió), se lo identifica por el anillo circular blanco que rodea el ojo y las plumas en la base del pico que es rojizo con la punta negra. En el suelo vi sus nidos que son piedritas apiladas.



El clima y las condiciones del hielo cambian muy rápidamente en esta parte así que comimos los sandwiches que llevamos, tomamos un té calentito y volvimos a la base.

Ahora me voy a cenar y a dormir. Última noche, ya que mañana partimos temprano de vuelta a casa.

- Son las 8:00 de la mañana del 5 de marzo de 2019. Estoy lista para partir. Vuelvo a escuchar el ruido ensordecedor de los motores del Hércules. Sólo me queda despedirme de cada uno de los que se queda acá. Me llevo el cariño, la fuerza y la solidaridad de todos los que llegan a este solitario lugar. Ahora toca hacer el camino inverso de hace dos días. Regreso con mi familia. Terminé de escribir en casa.

Ya estoy en Ushuaia, en mi habitación. Una y otra vez tuve que leer en mi diario algunos datos que anoté para recordarlos y poder contarlos. Fueron días con muchas emociones. Todavía recuerdo el silencio de esa inmensidad blanca, roto por el crujir de los hielos y también la necesidad de buscar de donde viene sin poder descubrirlo por el rebote que se produce. Me gustaría que más gente pueda viajar a la Antártida, aunque sé que es muy costoso el pasaje. Es un paraíso para quienes disfrutamos de la naturaleza, un lugar exclusivo, sin urbanizar, y donde la mano del hombre no ha podido intervenir el espacio natural y salvaje más grande que conservamos y que recuerda como fue el planeta algún día. La gente que va a vivir allí ama ese lugar por lo que representa. Es trabajo, sacrificio, descubrimiento, soledad y mucha cooperación. Un espacio donde no importa la nacionalidad, la profesión ni la clase social. Un estilo de vida inimaginable en este lado del mundo.

Lo que dije sobre la idea que más cantidad de personas conozcan ese lugar, me provoca una contradicción ya que a veces el turismo mal llevado es una actividad dañina, sobre todo cuando como en esta temporada -2018/2019- el turismo a la Antártida alcanzó el pico máximo y se espera que continúe subiendo en las próximas temporadas. Más del 90% de esa actividad, se realiza a través de cruceros que parten del puerto de Ushuaia. Ahora entiendo porque había un paredón en la Ciudad que decía "Ushuaia puerta de entrada a la Antártida" y la mayoría navega principalmente la región de la Península Antártica y las islas Shetland del Sur.

Pude saber que mi preocupación no es original y por suerte esto se viene trabajando. Así, y a fin de que no se produzcan impactos de importancia sobre el ambiente provocados como podría ser la visita reiterada a un mismo lugar de una importante cantidad de personas, el ingreso de especies no nativas al continente como ocurre con el castor en el bosque fueguino, el derrame de hidrocarburos por la gran cantidad de cruceros enormes que recorren esas aguas etc., se establecieron una serie de reglas que todos los visitantes y turistas deben cumplir.

La actividad turística, además de cumplir con el Tratado Antártico debe cumplir con el Protocolo de Madrid y lo dispuesto específicamente en las Reuniones Consultivas del Tratado Antártico. Así, se desarrollaron más de 40 códigos de conducta específicos que deben seguirse para aquellos sitios que son puntos de visita turística. Estas directrices son muy valiosas para regular esa actividad en sitios específicos que incluye la formas de conducirse en ellos.

Algo increíble, y que me mostraron en la Base, es que se puede descargar una aplicación que te lleva a un mapa donde te dan información sobre esos sitios.

También leí, porque investigué, que los operadores turísticos y las Organizaciones no gubernamentales que realicen actividades en la Antártida tienen que hacer su presentación en el Programa Nacional Antártico de su país de origen y así completar una serie de trámites que exige el Tratado Antártico. En el caso de nuestro país, hay que ir a la Dirección Nacional del Antártico donde también hay que presentar una evaluación de impacto ambiental de la actividad que se realizará que tiene como objeto principal proteger la vida autóctona de la Antártida. Es que está prohibido matar, herir o manipular animales, y también dañar la vegetación.

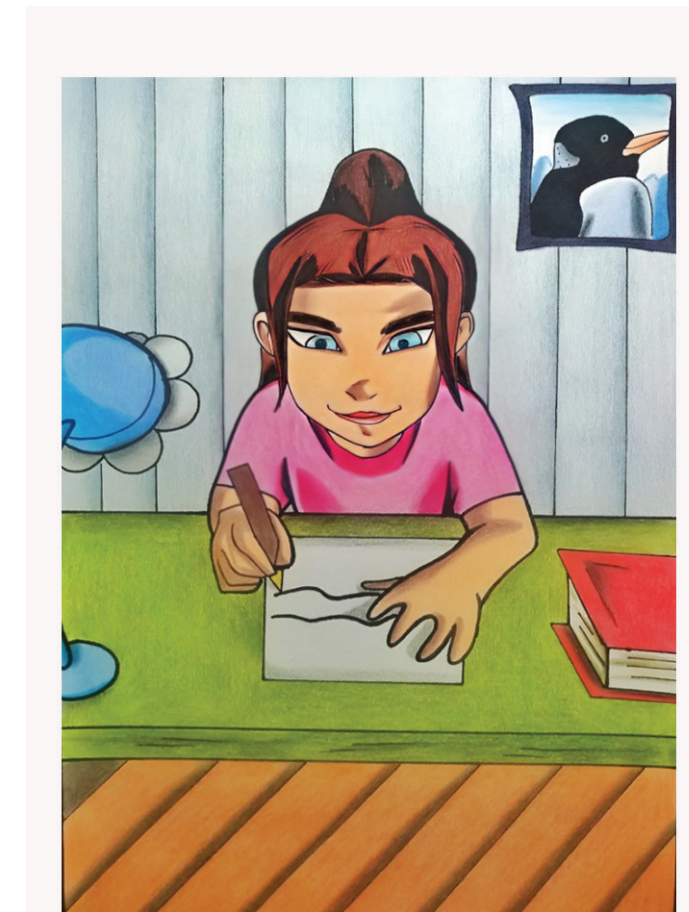
También los peces se encuentran protegidos a través de la Convención para la Conservación de los Recursos Vivos Marinos Antárticos. Esto se debe a la gran actividad pesquera que hay en la zona, que en muchos casos es ilegal porque se hace sin los permisos correspondiente. Eso crea un gran problema ya que esas autorizaciones se entregan para controlar los niveles de captura por año y por especie. Es muy importante porque toda la fauna antártica se alimenta de los recursos del mar, por lo que es muy necesario

conservarlos. Esto, me lo contó Euge ya que su investigación tenía que ver con ese tema. También me explicó que ella, al igual que todos los científicos que realizan investigaciones, para efectuar su trabajo tienen que solicitar autorización, a las que pueden acceder sólo ellos. Así ocurre por ejemplo cuando un biólogo estudia las colonias de pingüinos y para hacerlo debe acercarse a ellas. Esta necesidad de estar autorizados tiene que ver con la posibilidad de trabajar en un ambiente virgen de la mano del hombre.

Incluso los aviones deben volar a una distancia y altura mínima de lugares donde haya grupos de animal y hasta si se quiere construir un laboratorio nuevo, hay que evaluar el lugar en el que se instalará para no afectar la flora y fauna debiendo estudiar los materiales con los que se construirá el mismo, para elegir los menos contaminantes.

Será un viaje que jamás olvidaré, que me dejó muchas enseñanzas, pero por sobre todo la necesidad de luchar por el cuidado de la Antártida que comprende no sólo los seres vivos, sino también el ambiente. La Antártida representa la Unión, la Cooperación y la Paz.

Male.





Materiales de apoyo

Sobre los diarios de viaje

Para alentar la participación en el concurso se elaboraron una serie de materiales didácticos relacionados con el género, la escritura y la ilustración de Diarios de Viaje, así como también se brindó información científica y autorizada sobre el Continente Antártico y los ejes temáticos propuestos.



Módulo escritura

“Los viajes son el principio de la literatura. Incluso algunos piensan que toda literatura es un viaje. Cuando viajamos somos espectadores privilegiados de lo que vamos a ver, por eso el Diario de Viaje es el relato que hacemos de un viaje real o imaginario” – Teresita Valdetaro

Introducción al diario de viaje. Prof. Teresita Valdetaro

Video complementario ¿Cómo escribir un diario de viaje?

Módulo ilustración

“Cuando se ilustra viajando se necesita usar materiales aptos para llevar en la cartera o mochila, que no sean ni muy grandes ni muy pesados, que no tarden mucho en secar, que no manchen o pegoteen los dibujos cuando cerramos las páginas de la libreta” – Mónica Weiss

Diarios de viaje: Ilustración 1 / Tipologías - Mónica Weiss

Diarios de viaje: Ilustración 2 / Técnicas y Materiales - Mónica Weiss



Sobre la Antártida



Material didáctico elaborado por Argentina a través del Instituto Antártico Argentino y la Dirección Nacional del Antártico, perteneciente a la Secretaría de Malvinas, Antártida y Atlántico Sur del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto.

Antártida es el 4° continente más grande del mundo con una superficie de 14 millones Km². Es un desierto frío, formado por una gran meseta cubierta de hielo con temperaturas que pueden alcanzar los -79°C. Sólo un 0.4% de la superficie del continente se encuentra libre de hielo y nieve, contiene cerca del 90% del agua dulce de la tierra.

Es el continente con mayor altura promedio sobre el nivel del mar. Es el continente más extremo del planeta, el más aislado, frío, ventoso y seco. Rodeado por un océano que lo recorre de forma ininterrumpida, que vehiculiza la corriente más veloz del planeta, la Corriente Circumpolar Antártica. El punto más cercano al continente se encuentra en la provincia de Tierra del Fuego, a unos 1000 km de distancia.



Cambio climático

Antártida: 1 / Cambio Climático Global – Alfredo “Alpio” Costa

Antártida: 2 / Cambio Climático Antártico – Alfredo “Alpio” Costa

Ecosistemas antárticos y su biodiversidad

Antártida: 3 / Diversidad Marina – Dra. Viviana Adler

Antártida: 4 / Ecosistemas Antárticos – Marcela M. Libertelli

Arquitectura y hábitat antárticos

Antártida: 5 / ¿Cómo es vivir en la Antártida? – Dr. Marín Diaz



Actividad turística

Antártida: 6 / Turismo – Lic. Paula Casela

OEI | Premio Antártida - Diarios de Viaje | MATERIALES DIDÁCTICOS

En el micrositio OEI | Premio Antártida - Diarios de Viaje | MATERIALES DIDÁCTICOS encontrará estos materiales en portugués y enlaces a programas antárticos.



Webs

Secretaría del Tratado Antártico

Instituto Antártico Argentino

Dirección Nacional del Antártico

Secretaría de Malvinas, Antártida y Atlántico Sur del Ministerio de Relaciones

Exteriores, Comercio Internacional y Culto



OEI



Secretaría de Malvinas,
Antártida y Atlántico Sur



Ministerio de Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional y Culto
Argentina